Y todavía aprendo

Memorias: Carlos Ferrater en el Espacio Arquia

El primer proyecto del catalán es una extensa carpa neumática en Ibiza, un empeño utópico que se haría realista en topografías geométricas como las del jardín botánico de Barcelona o el paseo marítimo de Benidorm.

Si la torre de Mediapro evidencia su compromiso con la construcción de la ciudad y su capacidad para reunir sofisticación técnica y logro estético, el club náutico de L'Estartit evoca su vínculo emocional con el Mediterráneo.



© Aleix Bagué



© Lluis Casals



© Fotos Cristina Gon

Barcelona ha sido el centro de una carrera experimental y pragmática que se ha extendido de la vivienda y los edificios públicos al paisaje, que recibió en su día lecciones y hoy las da.



© Inés Arquer

'Memorias' es un proyecto audiovisual de la Fundación Arquia, comisariado por Luis Fernández-Galiano y producido por Prestalgia. Al presentar con mirada renovada la vida y obra de veinte figuras destacadas de la profesión en España, esta serie de entrevistas biográficas constituye una aproximación más personal a nuestra mejor arquitectura.

La divisa de Goya describe bien el trayecto del niño precoz al que su madre enseña a leer y escribir con apenas cuatro años, y que sigue aprendiendo octogenario. Nacido en 1944 en Barcelona, primogénito de una familia acomodada donde los negocios del padre y la sensibilidad artística de la madre —hija del pintor Manuel de Lámbarri— se complementan para ofrecerle a él y a su hermano José Manuel una infancia protegida y feliz, Carlos Ferrater cursa el bachillerato en los jesuitas, y los rigores de esa escuela exigente tienen el contrapunto festivo de los veranos en L'Escala o las visitas a la Costa Azul francesa. Tras matricularse inicialmente en la Facultad de Medicina, pronto descubre que la práctica clínica no es para él, y se transfiere a una Escuela de Arquitectura por entonces convulsa y a menudo cerrada, pero donde tiene el privilegio del aprendizaje con José Antonio Coderch, cuyas casas visita con atención minuciosa. La Senillosa en Cadaqués, cuyo dueño era pariente de su futura esposa Inés Arquer, lo impresiona especialmente, y esa abstracción de la lógica vernácula inspirará después sus primeras obras residenciales.

Antes de abordar la práctica profesional, Ferrater participa de la euforia utópica post 68, y este talante impregna su proyecto fin de carrera, un club náutico flotante que reinterpreta la Plug-In City de Archigram, y también participa de ese espíritu la ciudad instantánea de Ibiza, una construcción neumática y efímera levantada en 1971 con plásticos de colores, grapas y ventiladores, en la que tuvo la colaboración de José Miguel de Prada Poole. Pero el oficio lo aprende con los encargos de casas y edificios de viviendas, a los que se suman polideportivos como el de Torroella, donde con ayuda de Ignacio Paricio ensaya la lección de Mies en el IIT para transformar una nave extrusionada en un templo periptero, resolviendo con esa caja luminosa y exacta el problema clásico de la esquina. No lejos de allí, su vínculo con el Mediterráneo —por el que suele navegar hasta su casa en Menorca— cristaliza por entonces





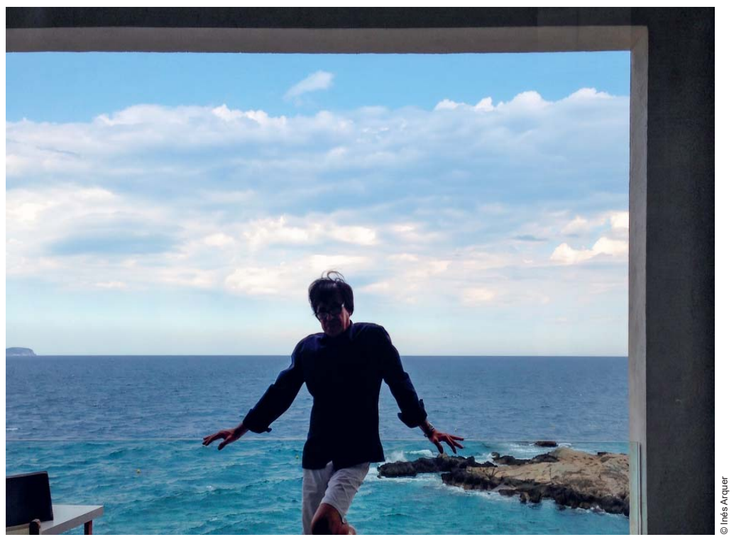
© Aleix Bagué

en L'Estartit, un pueblo marinero frente a las islas Medas donde construye varias obras importantes, desde el edificio El Port hasta el elegante club náutico, cuya geometría diagonal dialoga a la vez con el casco urbano y con la línea de costa, y que sería caudalosamente publicado y premiado.

El siguiente capítulo de su biografía arquitectónica tendría lugar en la Barcelona olímpica liderada por Pasqual Maragall, porque su talento y su fortuna se unen para realizar cuatro grandes obras en las cuatro zonas de la ciudad remodeladas al hilo del evento. Construye tres manzanas en la Villa Olímpica que son genuinos modelos tipológicos cuya morfología renueva y culmina el proyecto urbano y residencial de Ildefons Cerdà; levanta en un entorno más irregular las viviendas de Vall d'Hebron, un conjunto seco y eficaz que ha madurado hasta convertirse en un barrio ameno y deseable; erige en la Diagonal el Hotel Rey Juan Carlos I, un hito completado en plazos imposibles para alcanzar la cita olímpica, y excava después a sus pies un *fitness center* conformado como un hipogeo que se abre al cielo con cortes que dibujan una estrella en el terreno; y modela por último la loma del parque de Montjuic para crear con geometrías fractales un extenso jardín botánico que reconstruye ejemplarmente la vegetación de las cinco regiones del mundo con clima mediterráneo.

A esta etapa seguirían obras también voluminosas, realizadas a menudo en colaboración para mantener la pequeña dimensión del estudio y su forma de trabajo casi artesanal: el IMPIVA en Castellón, un vivero de empresas levantado en un parque tecnológico con prismas regulares que sitúan en los intersticios el programa auxiliar, un método compositivo que emplearía también en los posteriores Palacio de Congresos de Cataluña y Auditorio y Palacio de Congresos de Castellón; y la colosal estación del AVE en Zaragoza, con su muy compleja cubierta estructural. En 2006 el estudio se mudó de la calle de Bertran a la de Balmes, y Ferrater fundó, junto con su yerno Xavier Martí, sus hijos Lucía y Borja, y Núria Ayala, la oficina OAB, orientada hacia la expansión internacional y cuyos primeros proyectos exploraron tanto las poéticas del pliegue, con conjuntos tan ejemplares como las viviendas de la barcelonesa plaza de Lesseps, como el cromatismo de la onda, en obras tan celebradas como el paseo marítimo de Benidorm. Seguirían otras realizaciones en España, desde el complejo Parque de las Ciencias en Granada a la inteligentemente urbana sede de Mediapro en Barcelona, una torre estructuralmente sofisticada que es su segundo icono en la Diagonal, pasando por obras en la capital catalana como la juguetona casa Origami o la nueva lonja de pescadores en el puerto; y proyectos fuera del país, en Francia y en México, en Turquía y en Líbano, amén de un esbelto rascacielos en el Golfo, que permitirán al arquitecto seguir aprendiendo de otras sociedades y de otras culturas, mientras sigue testarudamente apegado a sus raíces mediterráneas.

Luis Fernández-Galiano



© Inés Arquer